

# EL ÁNGEL Y LA CALAVERA

*A Juan Soriano, in memoriam*

1

No sabría decir si es la irisada  
ligereza de los mantos de nubes  
en el amanecer, cuando coronan  
ambarinos y tenues, rapidísimos,  
la cresta de los montes;

o quizá la incisiva desnudez,  
la hondura de la aurora,  
toda efusión, rocío,  
cuando abraza, turgente,  
el nácar de los cuerpos,  
el sabor de unos labios,  
la mañana del agua, sus axiomas;

o tal vez el recuerdo que nos llega de golpe  
frente al mar de la infancia,  
fascinados y fieles,  
la voz de una muchacha,  
olas fosforescentes,  
la luna en la terraza;

o quizás la potencia, (o quizás la apetencia),  
que otros llaman hechizo,  
de una mirada abierta a todos los umbrales,  
por encima del cielo,  
hasta adentro del alma,  
una fuente ¿una herida?;  
tal vez esa profusa sensación

indefinible, incluso dolorosa,  
gozo y pesar, el crespillo escalofrío  
que recorre la espalda cuando oímos,  
con el ruido rojizo que producen  
los herrumbrados goznes de la tierra  
cuando comienza a amanecer,  
bajar al ángel tutelar:

presencias tajantes o pávidas,  
retablos de una sensibilidad  
simultáneamente inocente y perversa,  
sapiante, voraz, seductora: imágenes  
vueltas enigma y gracia compartida  
en el umbral de su hechizo cromático.

2

Amarillos, azules, morados, verdes, guindas:  
cristalizaciones de un trazo  
y de una luz acuáticos.  
La transparencia vuelta cuerpo,  
cosa tangible: torsos, pubis  
palpables, humedades  
enlazadas, muslos, brazos, temblor  
de carne dura y joven  
en el azoro de los reconocimientos,  
en el crisol de los desasimientos,  
en el vértigo de la plenitud,  
como la leche que palpita  
en los pechos de las mujeres,  
como la fosforescencia del mar,  
sus incendios y sus metamorfosis.

3

Allí están, desde ¿dónde?,  
criaturas de una sensibilidad  
misteriosa y nocturna:  
la joven prometida del vacío,  
el brocal de la gracia,  
la risa verde de la huesa,  
los macizos de flores,  
las cruces junto al río,  
el velo, la ceniza,  
sirenas y murciélagos y serpientes y pájaros,  
los animales consanguíneos,  
el ángel y la calavera.

El temblor detenido  
de las cosas del mundo,  
que nos permite ver al sol de las figuras  
su nitidez creciente, su dulzura  
y extrema intensidad.

4

La tierra y las nubes sobre la tierra,  
las figuras en el paisaje,  
un joven en la playa,  
el himno amarillo de un árbol,  
las uvas de una crátera,  
un búcaro o un cántaro,  
hermosos rostros célebres,  
todo, de pronto, adquiere  
otra connotación, como si viéramos,

las contiguas cosas elementales  
desde otro umbral, desde una orilla  
tácita, transfigurada  
por la consubstancial,  
despiadada y ubicua  
concreción de la muerte.

Ojos de muerte azul  
en la plaza desierta,  
manos de osamenta roja  
en el jardín florido, polvo  
de pisadas sonámbulas.

Sí, todo fulgura y crepita, se diría,  
en la acendrada transparencia  
de un espejo sostenido por ángeles  
¿o demonios?: voces aladas, sombras,  
nubes, púas, gavilanes, relámpagos:  
una luna que refleja a la novia  
coronada de flores,  
(oh delicia, oh lamento),  
poco antes de su asombro,  
mucho antes de los nombres, numinosa,  
distante, ¿es la muerte o la muerta?;  
una niña rodeada de peces,  
un muchacho coronado de pájaros,  
una cruz con los brazos dormidos,  
un caballo con la luna en la frente,  
el león y la virgen, el toro, la paloma.

Pasa un arcángel vestido de luces,  
vidriado y verde en la piscina  
aérea del océano altísimo;  
pasa una populosa mascarada,  
pasa un friso de lince, un cortejo de ninfas,  
una manada de silencios nuevos;  
pasa una bicicleta de artificio,  
pasa un alud de pájaros,  
pasa y vuelve una muerte enjaulada.  
Gradaciones de un espacio emotivo  
o el estupor del mundo como en el primer día.

### *Coda*

Un niño en un patio, jugando.  
Abre de par en par los brazos.  
De su mano derecha brotan,  
como un morado castillo de naipes,  
los postigos de una ventana,  
una vaso con canicas, un canario,  
un caracol, un cráneo  
y un gato en el alféizar  
de otro espacio imantado.  
De su costado izquierdo manan  
un bosque en el invierno, una laguna  
de lanzas azuladas, espigas o espadañas,  
una flor, una barca, una bahía,  
un búho con su reflejo, y el verde  
junto al rosa, amaneciendo.

Aura violeta de la aurora,  
vitral del escarchado vaho  
en la premura inaugural,  
en la prestancia plena de su albura,  
déjame concordar  
con los acordes del color,  
con los tonos y alturas de sus notas,  
cantar con la fe de su forma,  
reproducir su ritmo, celebrando  
la dicha de su transustanciación,  
ese arrobado amor que nos eleva  
y nos reinventa y guía  
en la alta promesa de cada día.

